

Calzada, y acampó con su ejército en un punto ventajoso, junto al castillo de Zaldiarán. Hallándose en esta situación, un heraldo del Príncipe negro se presenta en las avanzadas de D. Enrique y entrega á éste una carta de su señor dirigida al *conde de Trastámara*. Invitábale en ella, en nombre de Dios y de su patrono San Jorge, á desistir de sus pretensiones al trono de Castilla y á evitar el derramamiento de sangre, prometiéndole ser medianero con D. Pedro para que éste le concediese una posición digna de su elevada jerarquía. D. Enrique contestó á esta carta con otra, protestando que mantendría su derecho á un trono que le daba la voluntad de sus pueblos, y del que D. Pedro se había hecho indigno por sus maldades; y habiendo despachado con esta respuesta al heraldo, á quien según la costumbre de aquellos tiempos caballerescos colmó de presentes, pasó inmediatamente el Najerilla arrebatado en su ardor bélico, aunque desaprobándolo sus auxiliares aventureros, y se apostó con su ejército en la extensa llanura que media entre Nájera y Navarrete, entre Huércanos y Alesón. El orden en que se prepararon á combatir ambos ejércitos era éste: el de D. Enrique formó cuatro cuerpos ó *batallas* (como se decía entonces): componían la vanguardia aventureros franceses y bretones y lo más selecto de los hombres de armas castellanos, bajo el mando inmediato de Du Guesclin. Formaban parte de esta división, nada inferior á los hombres de armas ingleses, D. Sancho, hermano de D. Enrique, y los caballeros de la Banda, entre los cuales estaba el cronista López de Ayala. Detrás de este primer cuerpo estaban dos muy reforzados de caballería, armados de pies á cabeza y montados á la jineta, los cuales debían proteger por ambos flancos á los hombres de armas de Du Guesclin, que combatían apeados de sus caballos. Mandaba el de la izquierda el infante D. Tello, y el de la derecha el conde de Denia, ya marqués de Villena, que regía los auxiliares aragoneses y los caballeros de las órdenes militares. Entre estas dos alas de caballería, y en segunda línea, formaba la cuarta batalla, de infan-

tes y jinetes, cuyo mando se había reservado D. Enrique.—Muy semejante venía á ser la ordenación del ejército inglés, con la sola diferencia de que los hombres de armas de las tres batallas de primera línea debían echar pie á tierra desde que se trabara la acción. En el centro, y haciendo cara á Du Guesclin, había ingleses y aventureros de todas naciones, agrupados bajo la bandera del joven duque de Lancáster, á quien guiaba con su mucha experiencia el famoso Juan Chandos, condestable de Guiena, iniciándole en el arte de la guerra. Á su lado estaban sir Hugo de Calverly y las cuatrocientas lanzas que había sacado de España: de manera que el primer encuentro iba á verificarse entre antiguos compañeros de armas. Á la derecha de este cuerpo formaban en frente de D. Tello los armados gascones, conducidos por el conde de Armagnac y el señor de Albret. Á la izquierda y opuestos al marqués de Villena se hallaban el captal de Buch y el conde de Foix, que dirigían sus propios vasallos y muchas bandas de aventureros. La cuarta batalla, que era la más numerosa, estaba compuesta de ingleses, castellanos y navarros: en el puesto de honor ondeaban las banderas de D. Pedro y del Príncipe negro, la del rey de Navarra, ausente, enarbolada por su Alférez mayor Martín Enríquez de Lacarra, y la del rey de Nápoles, hijo del último rey de Mallorca D. Jaime, desposeído por D. Pedro IV de Aragón. López de Ayala, testigo ocular que, según queda dicho, peleaba en la hueste de D. Enrique, valúa en diez mil lanzas y otros tantos arqueros las fuerzas del ejército inglés, lo cual hace subir á cuarenta mil el número de los combatientes, porque sabido es que á cada lanza acompañaban tres ó cinco caballos. El ejército de D. Enrique no contaba, según él, más que cuatro mil quinientas lanzas, y no dice qué número de jinetes y de infantes reunía. Froissart, guiado por las narraciones de los ingleses, da á Don Enrique veintisiete mil caballos y cuarenta mil infantes; en cambio, no dice qué fuerzas inglesas se juntaron en Navarrete; pero al tenor de su propia relación, á su entrada en España sólo eran

veintisiete mil caballos: número que debió quedar muy reducido en los dos meses transcurridos desde entonces, á causa de las enfermedades y de las escaseces que sufrió aquel ejército. Froissart sin duda alguna exageró las fuerzas de los castellanos, así como López de Ayala las disminuyó; pero comparadas las aseveraciones de ambos, puede conjeturarse que los ingleses tenían más armados que los castellanos, y que éstos por el contrario disponían de más infantería que aquellos.—Ordenados en esta forma, desde antes de amanecer se apercebieron al combate en uno y otro campo. Á favor de la oscuridad de la noche, un pelotón de jinetes con la bandera del concejo de Saint-Etienne du Port se pasó al ejército de D. Pedro, y esta defección se tuvo por mal agüero. Cuenta Froissart que en cuanto los ingleses escogieron su posición y se hicieron cargo del terreno que pisaban, Juan Chandos salió de su fila y acercándose al Príncipe negro con una bandera arrollada en la mano, le dijo: «Señor, he aquí mi bandera, que os entrego. Dignaos hacer que pueda yo desplegarla hoy. Á Dios gracias, tengo tierras y solar en que fundar estado como mesnadero (1).» Chandos, en efecto, había entrado en España al frente de mil doscientas banderolas (2), y al ver D. Pedro que el príncipe pasaba á sus manos el estandarte del caballero aquitano, comprendió la causa, y tomándole por la punta se la cortó con su puñal, y lo devolvió á Chandos diciéndole: «Desplegado ahora y Dios le dé honor y buena suerte (3).»—En cuanto rayó el día, vió D. Enrique el ejército inglés formado con admirable orden, ondeando al viento

(1) Dábase en lo antiguo el nombre de *mesnadero* al rico-hombre ó caballero que llevaba á la guerra bajo su inmediato mando una compañía de gente de armas, que tenía el nombre de *mesnada*. En Inglaterra y Francia se llamaba al mesnadero *banneret*. V. á Du Cange, art. *BANNERETI*.

(2) Véase acerca de este caballero la nota 2 de la pág. 437 de nuestro tomo II, correspondiente al cap. XXI, en que tratamos de los *Tardevenidos* y de las *Grandes Compañías*.

(3) Los mesnaderos tenían el derecho de enarbolar en las batallas sus propias banderas, que eran de forma cuadrada, mientras que el pendón ó banderola de los simples caballeros era triangular.

sobre un bosque de lanzas las banderas y pendones de vivos colores y apeados ya de sus caballos los hombres de armas cubiertos de hierro. Imitóles la vanguardia castellana echando pie á tierra, avanzó ordenadamente, y detúvose luego como para hacer bríos antes de acometer. El Príncipe inglés oró según su piadosa costumbre, y levantando los ojos al cielo exclamó: «Bien sabéis, Dios mío, que no he tomado las armas sino contra un usurpador y en defensa de un rey legítimo.» Y tomando después de la mano á D. Pedro, le dijo con tono enérgico: «Hoy veremos si quiere Dios que seáis rey de Castilla; pero hacedle promesa de perdonar de corazón á vuestros enemigos, y de tratar en lo venidero á vuestros vasallos con más justicia que hasta ahora.»—Dábase á este tiempo en uno y otro campo la señal de acometer: gritaban en el uno: *Castilla por don Enrique!* y en el otro: *San Forge, Guiena!* Llevaban los ingleses una cruz roja en las sobrevestas blancas, y los castellanos una banda. En breve se mezclaron unos y otros y todo fué gritería y estruendo de armas. Al principio tuvo alguna ventaja el castellano porque el impetuoso Du Guesclin al frente de los franceses acometió á las tropas del señor de Albret obligándolas á ciar; pero en esto el conde de Armagnac se lanza contra la caballería de D. Tello, y éste, ya fuese por terror, ya por traición, huye á la primera carga siguiéndole toda su gente, y entonces, acometido Du Guesclin por Albret, que se había rehecho, y por el duque de Lancáster, que se arrojaron contra él á un tiempo, tuvo que replegarse hacia el cuerpo que mandaba D. Enrique. Rebasados y envueltos por todas partes los armados franceses y los castellanos, se apiñan en torno de la bandera del pretendiente para defenderla hasta el último trance, y allí pelean con el mayor ardimiento teniendo á raya á un enemigo tres veces superior en número. Pero aunque D. Enrique hacía heroicos esfuerzos y verdaderos prodigios de valor, sus tropas no desplegaron el mismo coraje: la mayor parte eran caballeros jóvenes, poco acostumbrados á lo sangriento de un

combate, y menos á la disciplina militar; conducíalos él mismo á la carga y les daba el ejemplo con su arrojo: *Vosotros me habéis aclamado vuestro rey y habéis jurado no desampararme*, les gritaba: *¿seréis capaces de venderme ahora?* Mas ellos al verse con el segundo golpe del ejército inglés encima, mandado por el Príncipe negro en persona, se acobardaron: la bandera en que ondeaba la enseña de la Banda cayó en tierra, y entonces fué todo derrota y dispersión. Jinetes y peones se confundieron en la desbandada y se dieron á correr por la llanura: los armados ingleses tomaron sus caballos y persiguieron á los vencidos, que apiñándose en los accesos del puente de Najera, retirada única para el ejército castellano, ofrecieron al hierro del vencedor copiosa y nefanda siega. Para colmo de infortunio, una súbita crecida del Najerilla agravó aquel desastre: hombres y caballos se arrojaban al río, que en un instante se tiñó de sangre y quedó atestado de cadáveres. Intentaron algunos caballeros de las órdenes militares defender el puente encastillándose en una gran casa que había á la entrada de la población; pero fué ésta tomada, y el enemigo penetró en las calles matando, merodeando y asolándolo todo. Los castellanos dejaron en el campo de batalla de quinientos á seiscientos armados y unos siete mil infantes: sólo el cuerpo de Du Guesclin perdió cuatrocientos hombres de armas, es decir, la mitad de su gente. Dice Froissart que el Príncipe negro no tuvo que deplorar más perdidas que cuatro de sus caballeros, dos gascones, un inglés y otro alemán; veinte arqueros y cuarenta peones. El número de los prisioneros fué considerable: figuraban entre éstos Beltrán Du Guesclin, el mariscal d'Audeneham, los capitanes franceses; D. Sancho, hermano de D. Enrique; D. Felipe de Castro, su cuñado; el marqués de Villena, todos los caballeros de la Banda, y en suma todos los que habían quedado con vida en la vanguardia castellana, que eran los mejores soldados y los más adictos al partido de D. Enrique.—Refiérense hechos singulares que aumentan el interés de esta gran batalla, y obligan involuntariamente al

que recorre la vasta llanura que fué lúgubre teatro de tan terrible conflicto, á buscar como si dijéramos el rastro ó las huellas de los hombres de hierro que en ella pelearon. Cuéntase (1) que en el momento de empeñarse la batalla, un caballero castellano llamado Martín Fernández, muy famoso entre los españoles por su atrevimiento y osadía (2), reconoció en la refriega á Juan Chandos, y le provocó á combate singular. Acometiéronse con furor, pero sus impenetrables armaduras resistían todos los golpes que mutuamente se daban. El castellano, fiado en sus fuerzas hercúleas, se trabó á brazo partido con su contrario y le derribó: mas Chandos, haciendo un supremo esfuerzo, le arrastró consigo en la caída: estuvieron algunos momentos luchando y revolcándose en el polvo sin soltarse; pero quedó encima Martín Fernández, agobiando con su peso á Chandos, á quien tenía puesta la rodilla en el pecho, y entonces éste con admirable serenidad en medio de tan encarnizada lucha, saca su puñal, busca con la punta el falso de la armadura de su enemigo, lo introduce, y lo hunde repetidamente hasta que el cuerpo del castellano, pesando sobre él como mole inerte, le da á entender que le ha arrancado la vida. Sacúdese aquel peso echándolo á un lado, y todo bañado en sangre, se levanta, en el momento en que sus compañeros se acercaban á socorrerle.

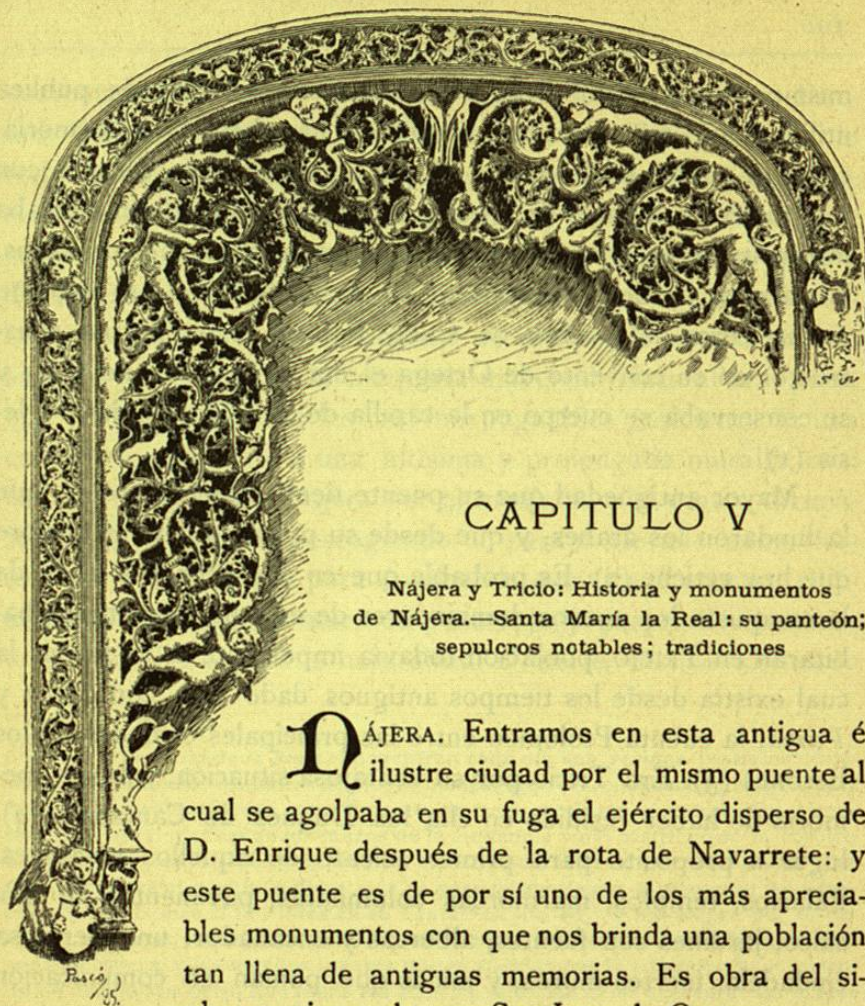
La prisión de Du Guesclin fué también notable: refiérese que queriendo este arrojado capitán no rendirse sino con honra, arrimado á una tapia, se defendía con su espada de todo un grupo de ingleses. El rey D. Pedro, que lo veía, gritaba que le matasen, considerándole como el más peligroso y perjudicial de todos sus enemigos; pero al valiente bretón le valió el llegar allí el príncipe de Gales, que le intimó se rindiese; entonces él entregó su espada, diciendo: *Me rindo al príncipe porque es el más valiente*. El príncipe encargó de su custodia al Captal de

(1) FROISSART: Lib. I, cap. 236.

(2) *Qui moult estoit entre les Espagnols renommé d'outrage et de hardiment.*

Buch, que había sido prisionero de Du Guesclin en la batalla de Cocherel: así se muda la fortuna.—D. Enrique se salvó escapando con unos pocos caballeros en cuanto se pronunció la derrota, y se metió en Aragón, de donde pasó á Francia.

Dos veces le había sido funesto el campo de Nájera en su guerra con D. Pedro: la primera en 1360, cuando no tenía más ejército auxiliar que mil quinientas lanzas y dos mil infantes, emigrados ó vasallos de un rico hombre de Aragón, y ahora á pesar del poderoso auxilio del más temido de los capitanes aventureros de Francia. En ambas ocasiones, sin embargo, aunque vencedor, pudo D. Pedro estimarse vencido, porque no era su victoria sino un mero aplazamiento de la cólera divina, próxima á herir su cabeza. En ambas le amonestó el cielo por medios diferentes á que moderase el bárbaro rigor de su carácter, que era su más formidable enemigo: en 1360 valiéndose del religioso de Santo Domingo de la Calzada que en tono profético le predijo su desastrada muerte si no cambiaba de vida; y ahora en 1367 con el prudente consejo que antes de comenzar la batalla le dió el príncipe de Gales. Desoyó el rey *cruel* en una y otra ocasión el aviso de Dios, y aunque las dos veces venció á D. Enrique, él por su propia mano se arrancó la corona de las sienes: hízose odioso á su pueblo, y aun sin el fratricidio de Montiel su hermano hubiera subido al trono.



CAPITULO V

Nájera y Tricio: Historia y monumentos de Nájera.—Santa María la Real: su panteón; sepulcros notables; tradiciones

NÁJERA. Entramos en esta antigua é ilustre ciudad por el mismo puente al cual se agolpaba en su fuga el ejército disperso de D. Enrique después de la rota de Navarrete: y este puente es de por sí uno de los más apreciables monumentos con que nos brinda una población tan llena de antiguas memorias. Es obra del siglo XII, ejecutada por San Juan de Ortega, y muy celebrada por su construcción y firmeza. No es esto decir que no existiese antes algún puente en Nájera, según lo pedía su situación sobre un río: lo había en efecto, y de ello dan testimonio no pocas prescripciones del fuero otorgado á esta ciudad en el siglo XI (1); pero estaría ya ruinoso cuando aquel benéfico monje tuvo que construir el que hoy vemos. Lo fabricó hacia el

(1) Entre otras, la siguiente: *Si aliquis homo de foris de Najara demandaverit ad hominem de Naiara aliquam rem, non debet exire ad medianelum, nisi ad portam de illo ponte.* V. el Fuero, publicado por el Illmo. Sr. D. Vicente de la Fuente en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. I, cuaderno 3.º